

jugador, libertino, *écornifleur et qui pis est, souteneur de filles, escroc, voleur crocheteur de portes et de coffres.*

Sin embargo, son según Paris, circunstancias atenuantes en la vida del poeta.

la profunda crisis moral común, justificada e incorporada a los medios de vida de su época, en que la justicia se hacía pagar los indultos, el clero licencioso las bulas y demás mercedes, la Universidad sus títulos doctorales y en que el pueblo, oprimido por todos lados, *se revanchait de son mieux.*

Por otra parte, la Universidad, al servicio y bajo la dependencia de la Iglesia, abría sus mejores horizontes al obispado o al cardenalato, a los cargos judiciales o al ingreso al Consejo del Rey. Los estudios eran más largos que laboriosos y muchos los rezagados en la mitad del camino.

Estos tenían que contentarse con situaciones mediocres: algunos servían de párrocos en una modesta ciudad de provincia, otros de escribanos o copistas.

Otros, por fin, no lograban obtener mediante sus estudios, recursos para su subsistencia y no habiendo conservado de su instrucción algo más que un afinamiento de espíritu, se hacían primero parásitos, luego estafadores o monederos falsos y finalmente verdaderos cambrioleurs o salteadores de caminos. Tal fué la suerte de más de uno de los compañeros de nuestro poeta, y, preciso es confesarlo, tal fué la suya.

Y como una mayor atenuante todavía, como una justificación para la posteridad, diremos con Gastón Paris que

las faltas de Villon han hecho perder un hombre honesto en el pasado, pero han dado un poeta a la posteridad.—J U A N R O J A S S E G O V I A.

LA CRISIS DEL INDIVIDUALISMO

EDIPO, en vez de resolver los enigmas de la Esfinge, le contesta con un chiste. Está bien. ¿Y la Esfinge? La Esfinge, que es la vida, se tragará esa cultura de disolución. Ya ha comenzado a tragársela. El intelectual moderno tiene un valor vital muy inferior al sofista griego azotado por Platón. El sofista griego era al menos capaz de presentar las razones débiles como poderosas, y su discípulo podía aspirar al triunfo cínico en el ágora de su ciudad. El intelectual moderno no es siquiera retórico. Su orgullo es la inanidad absoluta, la ineficacia definitiva de su obra. Bien. Pero se acerca el momento en que la humanidad

barrerá desdeñosamente esos fantoches inanes. La cultura contemporánea no merece el menor respeto. En algunos sitios ya lo han comprendido así. Mussolini y sus fascistas no sienten ese fetichismo de la cultura. La inteligencia, como Venecia, llega a su última etapa en pleno carnaval». Así dice Angel Sánchez Rivero en unos «Papeles póstumos» que publica la «Revista de Occidente» en el N.º xcvi. Su palabras son el pretexto de nuestro comentario.

Mucho se habla y se escribe en este tiempo de la actitud del escritor ante las actuales circunstancias de la sociedad. Se ha reproducido abundantemente un artículo de Ernesto Glaeser, el novelista alemán de post-guerra, en que trata de determinar esta actitud con acopio de sólidas razones. Fuera de él, hay muchos literatos que confluyen en considerar caduca la tradicional posición intelectual del arte por el arte, o de lo espiritual por lo espiritual, y que constatan, como Sánchez Rivero, la decadencia del tono vital del arte y de la inteligencia, y su capacidad para ceñirse más estrechamente a las nuevas formas de cultura que surgen, aun imprecisas, en los atormentados albores del siglo.

Se siente cada vez con más imperio la necesidad de que lo espiritual busque un rumbo nuevo, capaz de adaptar su expresión a las nuevas exigencias de la vida del mundo, de que no se limite a marcar serenamente el paso en una época convulsa que exige el concurso de todas las virtualidades humanas. Se comprende, en suma, la insuficiencia del individualismo romántico y decadente que se empeña en subsistir y se declara su abierto estado de beligerancia con lo que debería llamarse, si no se hubiera abusado de la palabra en un solo sentido, el socialismo.

La evidencia de esta oposición es innegable. Si aun no se constata con toda su crudeza en los países que viven todavía bajo el régimen individualista, en los que van derivando lenta y violentamente hacia la racionalización o el socialismo es de una realidad aplastante.

Las escasas manifestaciones típicas del pensamiento y de la literatura yankis difieren radicalmente de las europeas, porque han surgido bajo un signo diferente, vinculadas a lo profundo de su propia realidad. La Italia fascista, como observa Sánchez Rivero, se yergue contra los restos de la cultura individualista y amenaza destruir cuanto hay en ella de inútil e intranscendente. Y la Rusia soviética llega hasta ahogar implacablemente en su fanatismo ortodoxo toda expresión espiritual que no signifique un aporte positivo y un acuerdo íntegro con sus fundamentos doctrinarios. Así, el magnífico escritor que es Boris Pilniak

ha sido perseguido por el régimen, y una de sus novelas requisada por leves discordancias ideológicas.

Sin considerar en manera alguna como paradigma de actitud intelectual la que la violencia proletaria impone en Rusia, ella nos mueve a no desconocer que nuestro tiempo exige del espíritu una orientación que no es precisamente la individualista y a darnos cuenta de que es preciso escuchar esta exigencia imperativa si se quieren conservar los fueros de la cultura, haciéndola de nuevo respetable y fecunda.

El individualismo hermético e intransigente que deslumbra con sus agónicos destellos gran parte del campo literario no es ya de nuestro tiempo: germinó dolientemente hacia el fin de la Edad Media; halló en el Renacimiento y la Reforma el surco propicio en que floreció su más viva expresión; forjó su sistema al abrigo del absolutismo; estalló de nuevo con sus últimas fuerzas en la Revolución francesa y en la escuela romántica, y ahora, decae y muere ineludiblemente.

Cuando las sutiles formas de la cultura han consumido su energía se encauzan en el marco de un sistema. Y cuando la forma cultural agoniza, cuando ha perdido ya la vitalidad que la hizo necesaria, no queda de ella más que su esqueleto afinado y perfecto, erguido con un ansia vana de vida ante la nueva marea vital que lo desplaza y lo destruye.

Así es mortal la crisis del individualismo, forma ya realizada de cultura. Vivió su plenitud fructífera y generosa cuando lo requirió el sentido de su época, cuando el planeta se ensanchó de pronto y ofreció a Europa nuevas posibilidades, cuando se propagó súbitamente la ciencia escondida exigiendo revisores atentos, cuando la leyenda de Cristo, construída laboriosamente en la edad media católica se mostró insuficiente y engendró la Reforma, cuando la expansión intensa y radiante de la cultura necesitó «individuos» que el imperativo vital de ese tiempo impulsaba y reunía en torno de una misma obra creadora.

Aplacada la Revolución renacentista, el individualismo edificó su fórmula ante el acicate de la reacción. Desviado de su primer impulso por nuevas exigencias, renació más perfecto y más consciente de sí en las corrientes liberales que sucedieron al clasicismo y a la política absoluta.

Los románticos dijeron aquello de el arte por el arte y reconocieron la glorificación del individuo sin tener una clara idea de lo que pensaban. Por eso, y porque los animaba una fuerza viviente, la misma que derrocó el absolutismo, transgredieron más de una vez su fórmula, no pudieron eximirse de mirar en torno suyo y ser el eco sublimado de las inquietudes de su tiempo.

Sus sucesores, menos briosos, pero más sutiles y lógicos, sofocados por la oleada creciente de la nueva tendencia que amenaza interrumpir a cada instante la quietud de sus torres de marfil, han hecho de las fórmulas románticas baluartes herméticos para defender su actitud desvinculada y vacía de sentido.

El individualismo se ha alejado demasiado de su raigambre filosófica, ha perdido ese contacto con la realidad y con la vida que es la condición básica de toda obra fecunda. Su existencia no se justifica ni en el sentido ni en el ritmo de esta época. Nietzsche, Wilde, Gide, Thomas Mann, en parte Proust y Joyce, no son más que sus últimos campeones rezagados en el campo enemigo. Sólo encuentran un eco simpático entre los que, ignorando que la vida camina más aprisa que las concepciones de la vida, parecen insensibles a su bullir recóndito. Revestidos de sus antiguas túnicas, siguen sacrificando, en el templo abandonado, a los antiguos dioses. Pero la Esfinge ha cambiado sus enigmas, y ellos parecen ignorarlo.

El arte, como la filosofía, la religión, la ciencia y la política, no es una concepción absoluta que se persiga y estructure independientemente de la realidad social. Es precisamente la expresión abstracta y depurada de las inquietudes, de los problemas, de las angustias vitales de una generación o de una época. La labor del artista, del sabio, del filósofo, es de honrada y alta interpretación. Se libera en el plástico dominio del espíritu, pero no puede renegar del nexo sutil que la anima y la liga a su tiempo so pena de transformarse en un juego vano e ineficaz.

Con el derrumbe de los místicos valores absolutos cuya búsqueda fué el deleite de nuestros mayores, ha caído también el concepto de que el artista y el pensador se deben sólo a su arte y a su pensamiento, como las religiosas de la adoración perpetua, abstraídas de la realidad del tiempo y del mundo, sólo aspiran a sumergirse en el seno eterno y vacío del Señor.

Nadie puede pretender liberarse del contacto imperioso de la vida, menos aun en nuestro siglo. Dondequiera que volvamos los ojos, vemos el espectáculo de un mundo que cambia, que se retuerce, que se agita atormentado bajo un impulso nuevo ansioso de realizarse, vemos que en cada espíritu se reproduce el mismo cuadro de desorientación y de inquietud.

El hombre que piensa y que siente, más que otro cualquiera, es, psicológicamente, un egoísta. El mundo entero gira más precisamente en su torno, nace y muere más verdaderamente con él. Escucha amorosamente palpar su cerebro inundado de ideas, se embriaga en la ilusión de poderío que le dan. Sufre y goza más puramente y más intensamente, porque comprende

más, porque es capaz de sentir como en sus venas el latido de la vida. Siempre el hombre que piensa ha tenido esa dura ventaja. Pero no siempre lleva en sí, como dice Montaigne, «la forma entera de la humana condición», ni puede siempre exclamar con verdad que nada humano le es ajeno. Cuando su inevitable egoísmo está así viciado de impotencia, no es más que una vana y estéril exaltación. Su individualismo se agudiza y busca en su propio «yo» gastado la fuerza que ha de animar sus creaciones y el propio tema de ellas. Como ha perdido el contacto subterráneo con la realidad que lo circunda, la niega. Trata orgullosamente de justificar el vicio de su soledad exaltándola, y edifica un sistema sutil y abstracto para defenderla y defenderse. O bien, en un alarde cinismo sublimado, proclama su impotencia y deifica sus vicios.

Ni la forma perfecta, ni el brillo vano de una inteligencia desligada de todo objeto vivo nos hacen olvidar el egoísmo viscoso y repugnante que exhalan las obras de France, de Wilde, de Gide, de Thomas Mann.

Gran parte de la literatura y del pensamiento contemporáneos está señalada por el estigma del individualismo ineficaz, desatraigada, desconectada de los mil problemas que hacen dramático el presente y proyectan una sombra incierta sobre el porvenir.

Para muchos parece que la gran guerra hubiera sido un sueño intrascendente, que todo lo que pone una crispación de angustia en nuestro siglo fuera un fantasma irreal. Siguen pensando y concibiendo la vida con la misma tranquila actitud tradicional, impermeables al influjo de las nuevas tendencias, puliendo frases y equilibrando pensamientos estériles y disecando egoístamente sus personalidades abstractas que erigen, con la belleza inanimada e impecable en él y suprema del arte. Persiguen y perfeccionan hasta el último límite el esqueleto de una cultura en decadencia, y creen poder reanimarlo catalogando su podredumbre; puliendo más aún sus formas escuetas.

No. Nuestra cultura ya no es individualista. Lo fué cuando cada cual debía laborar recogido en sí mismo, dentro de un estrecho círculo, cuando el mundo era más grande que ahora y más desconocido.

Hoy, las fronteras y los mares se borran. Una mirada nos permite abrazar la tierra empequeñecida, conocernos mejor, comprender que no somos tan distintos, a pesar de las razas y a pesar de las banderas. Un mismo violento dolor sacude al planeta y lo unifica en un anhelo informe de superación.

La Esfinge nos propone nuevos enigmas. Es preciso buscar nuevas soluciones.—O S C A R V E R A L .